

El Reparador de estrellas

Antes de comenzar a leer mi historia, hay que entender que en la antigüedad la astrología y la astronomía iban de la mano, y así queda escrito durante generaciones.

Ahora dicho esto y con mi pluma a punto, puedo comenzar a relatar como en tiempos de los grandes matemáticos y poetas, en los que yo todavía era un adolescente, me dedicaba a molestar a los dioses con absurdas preguntas sobre el universo. Está claro que no me contestaban o simplemente, se burlaban de mí.

Para mí los dioses sólo eran simples personitas enmascaradas con poderes místicos, amenazaban a la gente de a pie sólo con el objetivo de quitarle aquello que se les antojase.

Pese a mi mentalidad descarriada y avivada por un fuego interno que me hacía creerme el amo del mundo, siempre estaba mi esclava detrás de mí intentando apagarme las ideas de creerme un semidiós nacido de Zeus.

Su nombre era Achlys y era tan sombría y oscura como su nombre indicaba, tenía el cabello tan rojo como la misma sangre y los ojos tan negros como la noche. Sus manos estaban frías como la nieve y vestía una túnica oscurecida por el polvo. Siempre llevaba las mejillas llenas de suciedad, Achlys era una de las esclavas de la familia, mi esclava.

-Attis, Señor, me llamaba, y yo volteaba la cabeza y la sonreía.-¿Qué hace ahora, señor? Así era, a pesar de ser una esclava era inteligente, aprendía las cosas con facilidad y era tan astuta como un zorro, me fascinaba.

-Observo las estrellas. Dije señalando un cielo nocturno plagado de ellas.-¿Las ves Achlys? ¿No son hermosas?

Aquel día se quedó mirando durante un largo tiempo hacia arriba con expresión dubitativa, clavó sus ojos oscuros en los míos con seriedad.

-Brillan.-Me contestó.-Iluminan la oscuridad.

Se giró tomando lo que había traído consigo y se internó en la casa como **de costumbre**, como todas las noches. Era una rutina de la cual no quería salir.

Pero aquella noche, observando las brillantes estrellas, todo se tornó de un color diferente.

-Bueno...ahora que estamos solos. Comencé a decir refiriéndome a los dioses.- ¿A quién castigasteis esta vez?-

Por un momento las estrellas brillaron con más fuerzas y el ligero temblor de la tierra me hizo levantarme bruscamente, esta vez...los había enfadado de verdad, en este caso... la había enfadado.

Una figura plateada, brillante, apareció delante de mí, estaba regordeta y tenía una cara muy fina, su piel era de color metálico y tenía los ojos blancos, llevaba una especie de vestido blanquecino corto y en su mano derecha se alzaba imponente un báculo en forma de luna.

-Attis, dijo con voz dulce pero a la vez imponente.-Los dioses estamos hartos de que te burlas de nosotros.

Selene, la diosa de la Luna, me hipnotizó con su deslumbrante mirada y no pude evitar seguir a la mujer subiendo por aquella escalera formada por estrellas, fascinante.

Según avanzaban las constelaciones se movían a modo de saludo y me hacían sonreír, cuando alcé la vista y contemplé aquel palacio que relucía como si fuese la misma luz de la Luna, mi boca se abrió a modo de sorpresa.

-Sígueme, dijo aquella diosa regordeta de mirada transigente.

Sabía que no debía seguirla, que era una trampa, que no podía ser bueno, pero sin embargo la seguí.

Mi historia, como ya dije en un principio tiene mucho que ver con la Astronomía pero, como siempre, tengo que echar mano de mis anticuados recursos, uniéndola con la Astrología.

Cuando Selene se detuvo, la luz se desvaneció y las constelaciones se posaron bajo mis pies, era como un camino adoquinado, la vía láctea parpadeaba.

-¿Qué está pasado?, pregunté sin apenas abrir la boca.- ¿Por qué las estrellas se apagan? Selene me miró con una expresión de duda pero pronto cambió a un semblante serio, señaló mi pecho con el báculo y un viento helado me congeló el alma. Me privó del aliento y me sentí palidecer y marearme, flotaba en un espacio infinito.

-La esperanza se apaga, las estrellas con ella. Tus egoístas deseos y tu egocentrismo hacen que las estrellas mueran lentamente.-Cogió algo del aire inexistente antes de seguir.-El efecto es una cadena, explota una... la siguen las demás...mis hijas mueren por ti.

Las lágrimas comenzaron a caer desde mis ojos, rodaron por mis mejillas y se perdieron en la oscuridad de algún punto del lugar, miré hacia arriba viendo un gran espejo, me miré, mi cabello cobrizo flotaba y mis ojos verde musgo estaban nublados por las lágrimas.

-¿Qué puedo hacer?, pregunté tembloroso al sentir caer aquella estrella con rapidez en aquel oscuro foso, aunque la mujer me acompañaba.-Por favor. ¡Dime qué puedo hacer! La luz nos iluminó por segunda vez aquella noche, se oyó un ruido ensordecedor y un terrible silencio siguió después de la muerte de otra estrella.

-Culpa es suficiente, dijo la diosa y resplandeció.-Te quedarás aquí, flotando en este espacio, recogiendo todas aquellas estrellas que mueran, las moldearas y crearás las nuevas.

Pensé en Achlys por un momento y bajé la cabeza, pensativo. ¿De verdad merecía la pena salvar las estrellas si debía renunciar a ella?

-Podrás ver el mundo a través del espejo del techo.

No dije nada, solo miré como se marchaba, muchas veces observaba el espejo pero los tiempos han cambiado, he visto la caída del imperio romano, el descubrimiento de Galileo, las cruzadas, la llegada del hombre a la Luna...pero cuando llegasteis a la Luna, Selene ya había abandonado el lugar y todos se habían olvidado de mí.

Todavía a veces, algunas constelaciones me visitan, pero me siento triste y lloro, y mis lágrimas se convierten en las estrellas que caen del cielo, en lo que llamamos lluvia de estrellas.

Sigo con mi labor, recojo las estrellas que explotaron, las moldeo, las enciendo con el fuego del Sol y las hago flotar para que las podáis ver de nuevo, para que no notéis su ausencia cuando observéis el cielo nocturno como hacíamos yo y Achlys.

La tinta se me está acabando, y aunque esta historia quedará aquí en el cielo, si tú que ahora me lees, ves a aquella muchacha de cabello rojo sangre y ojos oscuros, decidle que no la olvidé y que siga mirando las estrellas como todos estos años.

Con estas palabras de despedida agoto la tinta que Andrómeda me ha traído.

EVA RUIZ MIGUELSANZ